DOÑA PERFECTA, DE B. P. GALDOS, COMO NOVELA DE TESIS

1. LA NOVELA EN SU CONTEXTO

En 1876 Galdós inicia con esta obra la trilogía de novelas de tesis, que tienen como tema central la intolerancia religiosa. El entorno histórico y cultural en el que aparece *Doña Perfecta* condiciona indudablemente la toma de posición del autor ante la problemática en que viven inmersos sus personajes. Esta toma de posición le convierte en protagonista del debate ideológico entablado sobre el problema religioso en la década de los setenta, a raíz de la publicación de *El Escándalo* de Alarcón y en el que intervendrán Pereda y, en menor medida, Juan Valera. A este tipo de novelas de compromiso político-religioso se las viene clasificando, desde un principio, como «novelas de tesis».

Las causas de aparición de esta serie de novelas en la literatura española del XIX son fundamentalmente políticas y culturales y responden a la crisis por la que atraviesa la sociedad española desde la Revolución de 1868 hasta la Restauración. Es evidente que en esa crisis tiene un papel relevante el factor religioso, debido a la presión ejercida por el estamento eclesiástico en la política del Estado y a las tensiones habidas entre la Iglesia y los gobiernos liberales a partir, sobre todo, de la desamortización, durante las guerras carlistas y en la primera República. Hay un campo, sin embargo, en que estas presiones se dejaron sentir de modo más incisivo: el de la

enseñanza. Precisamente por los años en que Galdós se matricula en la Universidad de Madrid se ha desatado una campaña neo-católica contra el movimiento krausista, fomentada especialmente por la prensa de los Neos y, en particular, por *El Pensamiento Español.* En este periódico se publica el 24 de enero de 1864 una carta del cbispo de Tarazona que interesa comentar por lo que tiene de testimonio ejemplar de esta clase de presiones a las que nos acabamos de referir. La carta va dirigida a Isabel II y constituye un «grito de alarma» ante el tipo de educación que está recibiendo la juventud. El obispo pone en guardia a la reina frente a un grupo de profesores que defienden en sus clases una doctrina «impía», «pestilente», «antisocial», «antidinástica y anticatólica», al impartir peligrosas «lecciones de igualdad, de libertad, de independencia», y al poner en manos de los alumnos unos textos impregnados de «panteísmo (léase panenteísmo krausista), racionalismo y materialismo».[1] El objetivo de la carta es muy concreto:

> ...alzar su voz hasta los pies del trono y pedir que se someta el examen de los libros de texto a los obispos, que sean separados de sus destinos de catedráticos los que niegan lo espiritual, lo revelado, lo divino, destruyen el catolicismo, y pervierten la juventud, inoculando en sus almas vírgenes e inocentes el panteísmo, racionalismo y materialismo: porque son infieles a sus juramentos, porque son enemigos del Trono, porque subvierten la sociedad y disuelven la familia...

Los efectos de esta campaña de presión eclesiástica sobre la enseñanza son inmediatos: el 28 de octubre de ese mismo año se publica una Real Orden en *La Gaceta de Madrid* en la que se pide a los catedráticos que se abstengan de impartir doctrina alguna que vaya en menoscabo de la Religión Católica, obligando a observar la normativa del vigente Concordato entre la Santa Sede y el Estado en materia de enseñanza.

---

1 He seleccionado estos breves fragmentos de la carta, no sólo por su significado, sino como expresión de un significante que nos resultará familiar a partir de los diálogos entre Don Inocencio y Pepe Rey. Galdós conocía bien el lenguaje eclesiástico y la lectura de la prensa neo-católica podía ser una fuente más de información.

Ante la reticencia de algunos profesores, que ven en dicha orden un atentado contra la libertad de la ciencia, el Gobierno expulsará de su cátedra a Castelar, que ha criticado en la prensa tanto la Orden como el famoso «gesto» de la reina. Este hecho provoca la crisis universitaria que culmina en los incidentes de la Noche de San Daniel (vivida y descrita por Galdós en *Prim*),[2] así como la dimisión de tres profesores relacionados con el krausismo (Salmerón, Morayta y Fernández Ferraz) en protesta por dicha expulsión y la estúpida represión estudiantil.

La campaña contra los krausistas continúa en los años siguientes con la inclusión en el *Indice* de «El ideal de la Humanidad», la expulsión de Sanz del Río y Francisco Giner de los Ríos de la Universidad, así como la paralización de las cátedras del Ateneo, a raíz de la llegada de Orovio al Ministerio de Fomento.

Galdós, alumno entonces de la Universidad y participante asiduo en las actividades culturales del Ateneo, se siente afectado por estas medidas y reacciona, a través de la prensa, contra los responsables de toda esta campaña: los Neos. A propósito de la Noche de San Daniel escribe el 23 de abril de 1865 en el periódico *La Nación*:

> Y es en vano que los periódicos noticieros pretendan disculpar este hecho... Este delito, de lesa humanidad, no puede ser disculpado ni aun por el agua bendita de los hisopos neocatólicos.[3]

En artículos sucesivos publicados en el mismo periódico, Galdós combate la utilización partidista del hecho religioso por parte de los Neos, la confusión que hacen de lo político y lo religioso en beneficio propio y el talante inquisidor que les mueve a erigirse en jueces de la ortodoxia, con la ventaja que ello implica, al descalificar como hereje a todo adversario político:

> De todas maneras, damos la enhorabuena a los que quieran apropiarse del título de católicos, dándonos a entender a los que lo

---

2 Sobre estos acontecimientos cf. Paloma Rupérez: *La cuestión universitaria y la Noche de S. Daniel.* Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1975.

3 W. H. Shoemaker: *Los artículos de Galdós en «La Nación», 1865-66, 1868,* recogidos, ordenados y dados nuevamente a la luz con un estudio preliminar. Madrid, Insula, 1972, p. 56.

> somos sin pregonarlo que pertenecemos al arrianismo, que somos maniqueos hasta los dientes, herejes o ateos.[4]

Al descubrirnos el comportamiento político de los Neos, está analizando una serie de rasgos que plasmará después en los protagonistas de la novela que nos ocupa y que son claros exponentes de esa corriente tradicionalista:

> El partido neo es socarrón, solapado, hipócrita... sus diputados niegan el principio del partido, que es la guerra sorda que dirige armas contra la conciencia, que se aprovecha de las sombrías dudas del alma, del terror, del arrepentimiento, para urdir sus armas arteras.[5]

Junto a este rechazo de la posición neocatólica, Galdós muestra un especial respeto por el movimiento liberal y krausista (conocida es su simpatía por Camús, Fernando de Castro, etc.), cuyos representantes preparan ideológicamente el camino para la Revolución del 68. Nuestro novelista puso grandes esperanzas en este acontecimiento político que comenzó restaurando la libertad de prensa, enseñanza y cultos, así como los derechos de reunión y asociación, todos ellos reconocidos en la Constitución del 69. La consecuencia inmediata en el plano de la enseñanza fue la reposición en sus cátedras de los profesores expulsados anteriormente de la Universidad.

Sin embargo, la evolución de los acontecimientos políticos a lo largo del sexenio revolucionario (acertadamente recreados en *Fortunata y Jacinta* y en los episodios de las últimas series) preocupan hondamente a Galdós. El se da perfecta cuenta de que la prometedora democracia recién instaurada se encuentra amenazada por dos peligros importantes: por una parte, las fuerzas conservadoras, que boicotean la monarquía liberal de Amadeo y la experiencia republicana, por considerarlas contrarias a sus intereses. No olvidemos que en esta etapa se enciende nuevamente la guerra carlista en la que tiene el clero influencia tan notable. El otro peligro procede de la misma

---

4 *Op. cit.*, 239.
5 *Ibíd.*

base popular carente de una verdadera educación política y desorientada por los anarquistas y los cantonales exaltados.[6]

Hay dos novelas de Galdós, publicadas durante el sexenio, que están condicionadas por este contexto sociopolítico. Efectivamente, tanto *La Fontana de Oro* como *El audaz* combaten el tradicionalismo y el radicalismo como los dos grandes enemigos del régimen democrático. En *La Fontana de Oro* vemos al reaccionario Don Elías instigar el radicalismo de los ingenuos para hacer inviable la experiencia del gobierno liberal de 1820-23 y provocar de esta forma una involución del régimen hacia la dictadura absolutista. En el preámbulo a la novela puesto por Galdós en 1870, cuando ya es patente el fenómeno que venimos analizando, nos dice que se ha decidido a publicar la obra, dada la «oportunidad» de la misma «por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa».[7] A través de *Fortunata y Jacinta* podemos seguir los pormenores de esa evolución política desde el 69 al 76, quedando en evidencia las actitudes de la burguesía, el ejército, el clero y una parte del pueblo ante la Monarquía de Amadeo, la República y la Restauración. Como hemos tenido ocasión de examinar en un trabajo de próxima publicación, Galdós muestra una clarividencia y un rigor de análisis admirable de las actitudes políticas de los grupos sociales anteriormente mencionados. Son particularmente interesantes las conexiones que aparecen —en el plano de la ficción— entre el parlamentario Villalonga, el general Serrano y demás conspiradores en la etapa final de la República, la desorientación e inconsistencia política de una parte de las bases populares representada en J. Izquierdo y la ambivalente actitud política de Cánovas antes del pronunciamiento de Sagunto, y no deja de ser sintomática la actitud del mundo eclesiástico personificado en Guillermina Pacheco cuando, al llegar Alfonso XII a Madrid, manifiesta su deseo de

---

6 M. Tuñón de Lara dice en este sentido: «En cuanto a la clase obrera, el extremismo bakuninista no contribuyó en nada a arreglar la situación. Privó a los gobiernos de la alianza o la presión de los trabajadores, ignorando así la verdadera situación de España». *La España del siglo XIX,* Barcelona, Laia, 1974, p. 250.

7 Galdós: *Obras Completas,* IV, Madrid, Aguilar, 1960, pp. 10-11.

ser recibida por el rey con el fin de solicitar un donativo para sus obras de beneficencia:

> Y lo hará porque le hemos traído con esta condición: que favorezca la beneficencia y la religión. Dios le conserve.[8]

Efectivamente, las esperanzas puestas por Galdós y por los intelectuales liberales ante la revolución del 68 se van difuminando a lo largo de la experiencia republicana y mucho más con la llegada de la Restauración. Galdós era consciente de quiénes habían traído a Alfonso XII. Los acontecimientos consecuentes con este cambio político condicionan a nuestro juicio de forma notable la escritura de las tres novelas de tesis a que nos venimos refiriendo y particularmente la de *Doña Perfecta.*

Como era de esperar, Cánovas apoya la vuelta a la legalidad del Concordato de 1851 entre la Iglesia y el Estado, con lo que la jerarquía eclesiástica y buena parte de los católicos tradicionalistas se deciden a abandonar el carlismo, acontecimiento que acelera la terminación de la guerra en el Norte. Poco a poco, los católicos intransigentes se van acercando al partido conservador de Cánovas, hecho que culmina con la entrada posterior de Unión Católica para formar el ala derecha del partido canovista. Naturalmente este apoyo de la Iglesia al canovismo tendrá la contrapartida de un auge acelerado de la influencia de aquélla en las áreas de poder. La Constitución del 76, tras la abolición de la libertad de cultos, consagra en su artículo 11 la confesionalidad católica del Estado comprometiéndose la nación a «mantener el culto y ministros», dando además a una parte de la jerarquía eclesiástica la entrada, por derecho propio, en los escaños del Senado. Pero la influencia mayor de la Iglesia se ejercerá nuevamente en el plano de la enseñanza a través del Ministerio de Fomento en el cual, durante los gobiernos conservadores, se situaron católicos integristas en los puestos clave de la dirección de instrucción pública. Pues bien, en el primer gobierno de Cánovas se nombra Ministro de Fomento al Marqués de Orovio, el mismo que antes del 68 había expulsado de la Universidad a Sanz

---

8 Galdós: *Obras Completas,* V, Madrid, Aguilar, 1960, p. 310.

del Río y a Giner. Una de sus primeras medidas fue la circular enviada a los Rectores de Universidad en la que pide:

> Que vigile V. S. con el mayor cuidado para que en los establecimientos que dependen de su autoridad no se enseñe nada contrario al dogma católico ni a la sana moral, procurando que los profesores se atengan estrictamente a la explicación de las asignaturas que les están confiadas, sin extraviar el espíritu dócil de la juventud por sendas que conduzcan a funestos errores sociales.[9]

La circular exige la formación de expediente a cualquier profesor que infrinja esta normativa o que no reconozca el régimen establecido o explique contra él. Ante la no aceptación del decreto por parte de ciertos profesores, son separados de la Universidad A. González de Linares y Laureano Calderón, ante cuyo hecho renuncian a su cátedra Castelar, Salmerón, Azcárate, Montero Ríos, Figuerola, Moret, etc., mientras Giner de los Ríos es confinado en el castillo de Santa Catalina de Cádiz.

Al mismo tiempo que se ataca desde las áreas del poder a los «textos vivos» del pensamiento liberal, se inicia una campaña de descrédito de los intelectuales krausistas, una de cuyas manifestaciones es la polémica iniciada por Campoamor en la *Revista Europea* y en la que pone en circulación una serie de rasgos caracterizadores de lo que va a constituir la imagen tópica del krausista: panteístas en el plano religioso, indiferentes en lo moral e inclinados al socialismo en lo político.[10]

Por estas mismas fechas en que ocurre la represión del movimiento krausista en la Universidad se produce un fenómeno de sensibilización colectiva ante el problema religioso planteado de nuevo en la discusión parlamentaria del artículo 11 de la Constitución. La redacción de dicho artículo termina con una transacción de las dos

---

9 M. Tuñón de Lara: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1973, p. 42. Esta presión de la Iglesia se hace sentir durante todo el período de la Restauración. De 1885 es la pastoral del obispo de Avila que parece una copia de la escrita veinte años antes por el de Tarazona. Cf. Antonio Jutglar: *Ideologías y clases en la España Contemporánea (1874-1931)*, v. 2, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973, pp. 140-43.

10 J. J. Gil Cremades: *Krausistas y liberales*. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, p. 34.

fuerzas en litigio que tiene como resultado el reconocimiento de la confesionalidad del Estado y la aceptación de la tolerancia para los no católicos; con la oposición del integrismo intransigente a este tipo de consenso.

El problema religioso, convertido en piedra de toque para la convivencia, irrumpe ahora de forma impetuosa en las páginas literarias de la producción novelística del momento. Tema abordado ya anteriormente en *Pepita Jiménez* de Valera y en *El escándalo* de Alarcón, constituye el núcleo central de *Doña Perfecta.*[11] Galdós es un novelista hondamente preocupado por lo religioso, como ya han demostrado cumplidamente Scatori, F. Ruiz Ramón, G. Correa, R. Ricard y F. Pérez Gutiérrez. Este último investigador, analizando la fisonomía religiosa de nuestro novelista, a partir de los artículos periodísticos del 65 al 68, le califica como «un liberal con una inequívoca dimensión religiosa personal».[12] Sin embargo, no es su vivencia personal de lo religioso lo que aquí nos preocupa analizar, cuanto la caracterización que él hace del fenómeno religioso como hecho social que condiciona la historia del país. Es esto lo que ha tratado de realizar Galdós en los *Episodios Nacionales* y en las novelas de la primera época. Galdós pensaba que detrás de la lucha entre los dos modelos de sociedad que se habían enfrentado en España a lo largo del siglo XIX, entre absolutistas y liberales, entre moderados y progresistas, entre monárquicos y republicanos, había no sólo diferentes formas de entender la economía, las relaciones sociales o las estructuras políticas, sino sobre todo un fondo de creencias ético-religiosas contrapuestas. Como ha señalado Angel del Río:

> Galdós percibió —mientras estudiaba la sociedad de las primeras décadas del siglo, de la época fernandina— que la pugna siempre activa entre lo antiguo y lo nuevo estaba radicada en lo religioso,

---

11 Clarín en 1881 es testigo de la prevalencia del tema religioso en las principales novelas de la década anterior. Respecto de Galdós dice: «Pérez Galdós, la más reciente y la mejor de sus producciones, atiende exclusivamente a la religión». *Solos* de Clarín, Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, 1881, p. 207.

12 Francisco Pérez Gutiérrez: *El problema religioso en la Generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1975, p. 197.

> en las creencias tanto o más que en los intereses y en la división de las clases.[13]

Pues bien, en *Doña Perfecta* se enfrenta al fenómeno religioso integrista desde esta perspectiva. Su ataque, sin embargo, ya no va dirigido conjuntamente, como en *La Fontana de Oro* o *El Audaz* al radicalismo y al integrismo, sino exclusivamente a este último, ya que en las circunstancias históricas en las que se escribe la obra, el riesgo prevalente es el de la involución, ante la irrupción del integrismo neocatólico en el campo de la enseñanza y en otras esferas de la vida social. Galdós denuncia en la novela las consecuencias negativas que comporta la intolerancia religiosa para la convivencia social, el desarrollo del progreso, el avance de la ciencia, las relaciones padres-hijos en la vida familiar y en la elección del matrimonio, etc.

En la obra, Galdós deja claro cómo los personajes que protagonizan las dos formas contrapuestas de creencia religiosa tienen, además, dos morales diferentes, opciones políticas opuestas, diferentes valoraciones de la situación social, de las costumbres y realidades económicas del país. En el caso de la protagonista es el elemento religioso lo que configura plenamente su personalidad y todo su mundo de visión, mediante una identificación de política y religión, tal como presentaba el pensamiento teocrático integrista. En Pepe Rey podremos descubrir, lo mismo que en León Roch, una serie de rasgos que caracterizan, en su persona y en su pensamiento ético-religioso, la imagen convencional del krausista. Esto representa un gesto de respeto por parte de Galdós hacia una figura sobre la que pesa una grave campaña denigratoria.

Después de este análisis de las circunstancias históricas que condicionan, como contexto, la escritura de la novela, podíamos esperar de nuestro escritor una novela de tesis que fuera más un alegato político que una obra de arte. Ese riesgo lo corre en cierta medida en *Gloria,* pero no así en *Doña Perfecta.*

Son ya bastantes y rigurosos los estudios que se han hecho sobre la novela tanto desde el plano de la técnica narrativa, como desde

---

13 A. del Río: *Historia de la Literatura española,* II. New York, Holt, Rinehart and Winston, 1963, p. 202.

el nivel del significante. Las obras de R. Gullón, Montesinos, Cardona, Shoemaker, Correa o los artículos de Gilman, V. A. Chamberlin citados en este trabajo muestran sobradamente el valor innegable de la novela como creación estética.

Sin embargo, en el plano de los contenidos o del significado, tan importante en una novela de tesis (aunque está directamente abordado en los estudios mencionados y tratado en algunos aspectos concretos) falta, sin embargo, un estudio global y sistemático sobre la problemática religiosa, moral y política en su conjunto.[14] En este sentido me ha parecido necesario emprender este trabajo dedicado expresamente a los temas aludidos, precedido de una reflexión sobre los personajes portavoces de la tesis de la que son una expresión simbólica.

De hecho Galdós aborda en la obra los principales aspectos del problema religioso que constituyeron elementos de debate a lo largo del siglo XIX: tolerancia religiosa o fanatismo, relaciones fe-razón o ciencia-religión, la conexión entre religión y política, la influencia de las instituciones religiosas en la configuración moral y educación de los ciudadanos, etc. Se enfrenta igualmente con el esquema de valores morales que constituyen la pauta normativa de los comportamientos humanos. En este sentido desvela la inautenticidad de ciertas conductas hipócritas, dejando en evidencia «a muchas personas que parecen buenas y no lo son». Analiza la génesis de una conciencia moral rigorista y farisaica, el autoritarismo represivo en la educación de los hijos,[15] el clima de violencia y agresividad latente en las relaciones sociales entre posiciones antagónicas, radicadas en el plano de las creencias, la justificación de los medios ilícitos cuando los fines se juzgan sublimes (Doña Perfecta ante Pepe Rey, violencia en

---

14 La obra de Brian Dendle: *The Spanish Novel of Religious Thesis*. 1876-1936. Madrid, Castalia, 1968, concede un espacio reducido a esta novela, por lo que su estudio resulta insuficiente.

15 Según V. A. Chamberlin, el problema del conflicto generacional es básico en la obra y para reflejarlo Galdós se habría inspirado en «Padres e hijos», de Turguenief. *«Doña Perfecta» de Galdós y «Padres e hijos» de Turguenief, dos interpretaciones del conflicto entre generaciones*. Madrid, Taurus, El Escritor y la Crítica, 1973.

defensa de la fe, etc.). Lo político y la problemática social no están enfocados de forma expresa, sino como telón de fondo coherente con ese modelo de cultura ético-religiosa, del que son un soporte las condiciones económicas arcaicas patentes en la novela con ciertas reminiscencias feudales. En la obra se alude también al caciquismo imperante, a la mentalidad política de antiguo régimen de una parte del pueblo campesino y tradicional, orientado por el clero y organizado en «las partidas» frente al gobierno liberal vigente.

Galdós, aunque ha querido dar una interpretación simbólica de la vida española, y por ello ha evitado la concreción en un ámbito espacial determinado, sin embargo sitúa la acción en la etapa contemporánea, con lo que el tiempo interior de la novela sería buen reflejo del contexto histórico de la obra al que hemos hecho referencia en lo anteriormente expuesto.[16]

2. PERSONAJES AL SERVICIO DE UNA IDEA

Antes de pasar al estudio de los diferentes niveles de la tesis a que acabamos de referirnos, conviene reflexionar sobre la entidad de los personajes que en el mundo de la ficción se han convertido en símbolos de los modelos diferentes de sociedad y de creencias a las que hemos aludido ya. Es indudable que la toma de posición del novelista frente a las diferentes ideologías en litigio condiciona la creación de los principales personajes de la novela y la perspectiva y el tono desde los que se configura su personalidad.

En el caso de *Doña Perfecta* es claramente perceptible este condicionamiento: el novelista apenas disimula la antipatía que siente por la protagonista y el mundo de valores que representa. Poco nos dice sobre sus antecedentes, aunque sí algunos detalles significativos. En el capítulo XVI se habla de una tara sicológica en la familia Polentinos que hace verosímil la aparición posterior de una manía

16 El autor hace una alusión temporal precisa en el capítulo III de la novela: «En 1870... Pepe... emprendió un viaje de estudios a Alemania e Inglaterra». *Doña Perfecta*. Madrid, Hernando, 1972, p. 32.

fanático-religiosa, por la que Doña Perfecta únicamente «halla consuelo a su dolor en la Iglesia». No hace falta subrayar que Galdós no fustiga aquí la verdadera religiosidad, por la que siente un gran respeto, sino la religiosidad alienante y enfermiza. El novelista hace alusión al fracaso conyugal de la protagonista, que se había casado con un hombre frívolo y jugador que pronto la dejó viuda y casi arruinada. Reorganizada su hacienda por el hermano, acepta de buen grado la decisión de éste respecto al posible matrimonio de su hija Rosarito con Pepe Rey. En el capítulo XXI nos hace una descripción de la protagonista, a la que presenta como una mujer joven y hermosa, envejecida prematuramente debido al poco interés que ponía en el cuidado de su cuerpo y su porte exterior, considerando pura vanidad la atención al vestido o a las modas. Su constitución biliosa unida al influjo de una atmósfera pietista la hacen fría, le van creando un aspecto hierático y neurotizante, un carácter rígido, terreno abonado para el fanatismo religioso y moralismo inflexible.[17]

En cuanto a sus rasgos morales, advertimos una gran rigidez y orgullo (pp. 185-86), unido a un autoritarismo represivo (pp. 101, 182), y a una falta de bondad innata que se expresa en la dureza con que trata a sus subordinados y especialmente a su hija (pp. 101, 187, 285). Educada por Don Inocencio, ha aprendido bien el ejemplo de la falsa humildad (p. 180), la hipocresía y capacidad de simulación (pp. 95, 113). Carece de una autonomía moral y está obsesivamente pendiente de las normas externas, del qué dirán, de las inhibiciones exteriores (p. 138). Sabe tratar con astucia y juega con las personas, siendo una hábil provocadora de las pasiones ajenas, en función de sus intereses (p. 108). Pero la nota más caarcterística de su personalidad es su absoluta voluntad de poder y de dominio sobre las personas. Es precisamente esta orgullosa obstinación al imponer su voluntad, lo que le mueve a oponerse implacablemente a su sobrino, a quien llegará a odiar mortalmente.

Al hablar de la ideología religiosa, moral y política, se verá completada la personalidad de Doña Perfecta, ya que la gran parte de los rasgos allí apuntados le pertenecen.

---

17 *Op. cit.* 285.

Es precisamente la ideología (integrista o neocatólica) vivida fanáticamente lo que configura en profundidad al personaje y hace inteligible su conducta. Como dice Gullón:

> La ideología que en alguna medida siempre estará presente en la novela, aquí desempeña una función eficacísima, explica al personaje, fundamenta su conducta y lo integra. Así se esquiva lo insoportable del alegato, transformándolo en elemento novelesco, que contribuye a dar consistencia a la novela, a hacerla consistir en lo que realmente es: un mundo.[18]

Los rasgos caracterizadores de Doña Perfecta se repiten en otros personajes femeninos de Galdós. Tal es el caso de Ester Spinoza, la madre de Daniel en *Gloria,* como ha indicado R. Ricard,[19] o el de Doña Soles en *Angel Guerra.*[20] F. Ruiz Ramón hace, a propósito de este personaje, una reflexión que nos lleva a pensar en el posible trasfondo personal de esta figura recurrente:

> La madre de Angel Guerra responde al mismo tipo, quizá con más intensidad, que la propia Doña Perfecta, por lo que de sustrato autobiográfico hay en el relato.[21]

En este sentido algunos investigadores han sugerido el posible modelo que habría servido de base a Galdós para crear el personaje de Doña Perfecta. No es fácil admitir que el novelista haya pensado en su propia madre, a pesar de la religiosidad adusta y del rigorismo moral habitual en ella.[22] Si esto fuera verdad, el carácter simbólico de la protagonista cobraría una nueva dimensión dramática.

El segundo personaje de la novela, Pepe Rey, está concebido por Galdós para ser el símbolo de un nuevo modelo de hombre y

---

18 R. Gullón: *Técnica de Galdós.* Madrid, Taurus, 1970, p. 41.

19 R. Ricard: *Aspectos de Galdós.* París, P. U. F., 1963, p. 15.

20 La descripción de Doña Soles nos evoca necesariamente la imagen de Doña Perfecta: «tiesa de cuerpo dentro de la férrea máquina del corsé, que daba a su busto la rigidez estatuaria, seca y altanera del lenguaje, inflexible en su orgullo y en la dignidad de su nombre». Galdós: O. C., t. V, Madrid, Aguilar, 1961, p. 1235.

21 F. Ruiz Ramón: *Tres personajes galdosianos.* Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 20.

22 Esta opinión es mantenida por Ch. Berkowitz: *Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusade,* Univ. of Wisconsin. Press, 1948; D. F. Brown: «More Light of Galdos' Mother». *Hispania,* 39, 1956, p. 403; R. Gullón; V. A. Chamberlin, etc.

de sociedad que responde a los ideales éticos, políticos y religiosos del mismo autor. Este carácter de prototipo del «hombre nuevo» se vislumbra en el mismo apellido seleccionado para el sobrino de Doña Perfecta en la primera versión de la novela: Pepe *Novo*.[23]

El novelista nos presenta al personaje con evidente simpatía y en un tono de buscada mitificación. La descripción física del capítulo III lo realza como un modelo de perfección y de armonía clásicas:

> Su persona bien podía pasar por un hermoso y acabado símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal estas palabras: inteligencia, fuerza.[24]

En este proceso de sublimación del personaje hay no sólo referencias al héroe clásico, sino también veladas alusiones a la vida de Cristo y otras mucho más precisas al mito hispánico del Quijote, tal como ya advirtió R. Gullón.[25] La presencia del campesino Licurgo ensartando refranes y haciendo bajar al ingeniero de su idealismo reformista, las evocaciones de la caballería andante ante la presencia del centauro Caballuco y la advertencia de su tía de que la mucha lectura de libros positivistas le ha «vuelto loco», son indicios suficientes que prueban la clara voluntad mitificadora del novelista.

Si pasamos ahora al retrato sicológico y al conjunto de valores morales que configuran la personalidad de Pepe Rey descubriremos una vez más la incidencia del contexto histórico-cultural a la hora de recrear Galdós ese arquetipo, ese «hombre nuevo», tan necesario en la vida social del país. Es un hombre discreto y sencillo, con un gran sentido moral, sincero y justo, equilibrado, amante de la libertad, delicado en su relación afectiva. Su rectitud moral le lleva a rechazar con energía ciertos defectos del penitenciario y Doña Perfecta: hipocresía, falsa humildad, astucia, etc. Es un hombre amante de la ciencia y del progreso, lo que le lleva a enfrentarse al oscurantismo fideísta de Don Inocencio. En este punto es interesante advertir que

---

23 R. Cardona: «El manuscrito de Doña Perfecta: una descripción preliminar», *Anales Galdosianos*. Univ. of Texas, 1976, p. 11.
24 Galdós: *op. cit.* p. 35.
25 R. Gullón: *op. cit.* pp. 41-45.

para Pepe Rey no hay oposición entre ciencia y religión; lo que la ciencia está derribando no es la creencia auténtica, sino «tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras de lo pasado».[26] Esta idea coincide plenamente con la mentalidad krausista tal como aparece ya en el *Ideal,* obra en la que se aboga por «un concurso efectivo de la religión con la ciencia».[27] Aquí topamos con otro de los posibles modelos de elaboración del personaje por parte de Galdós: la figura del krausista. Mucho se ha escrito sobre la intención de Galdós a la hora de crear a Pepe Rey, León Roch o Máximo Manso.[28]

Por lo que respecta a los dos primeros, es indudable que muchos de los rasgos que configuran su personalidad coinciden con el tipo de hombre ideal que propugna la pedagogía de los krausistas y de los educadores de la Institución. M.ª D. Gómez Molleda ha entresacado de los textos y discursos de Giner de los Ríos los elementos básicos que conformarían la educación de ese hombre nuevo que habría de ser

> perfecto de alma y cuerpo, un hombre de ideales, capaz de gobernar con sustantividad su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades; hombre de razón y conciencia, lleno de ingenua alegría, de honrada lealtad, trabajador, cumplidor de su deber, obediente a la ley, sacrificado a su vocación, sin cálculos egoístas, patriota, pacífico y activo, justo y tolerante. Un hombre refinado sin molicie, civil sin aspereza, amante de todo bien, activo y contemplativo a la vez —en síntesis perfecta—, vigoroso de cuerpo, sano, equilibrado, correcto y noble en actitudes y maneras.[29]

En buena medida esta imagen paradisíaca del hombre la encarna Pepe Rey al comienzo de la novela. No obstante, el novelista apunta

---

26 Galdós: *op. cit.* p. 56.

27 F. Krause: *Ideal de la Humanidad para la vida.* Madrid, Imprenta de F. Martínez García, 1871, p. 263.

28 Denah Lida: «Sobre el krausismo de Galdós». *Anales Galdosianos,* 2 (1967), pp. 1-27; W. Shoemaker: «Sol y sombra de Giner en Galdós», *Estudios sobre Galdós.* Valencia, Ed. Castalia, 1970, pp. 259-275. J. López Morillas: *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología.* Barcelona, Ed. Ariel, 1972. *El krausismo español,* México, F. C. E., 1956.

29 M. D. Gómez Molleda: *Los reformadores de la España Contemporánea.* Madrid, C. S. I. C., 1966.

un elemento perturbador: «Rey no conocía la dulce tolerancia del condescendiente» (p. 35) frente a las situaciones incorrectas o desagradables. Advertimos en él una falta de tacto y consideración al tratar a la gente de Orbajosa, al hablar de sus costumbres, creencias y demás realidades ciudadanas. Es ingenuo frente a las trampas que le van tendiendo sus adversarios. A veces aparece reaccionando un poco automáticamente ante las provocaciones de Don Inocencio o de su tía. A juicio de Gilman, éste es un componente necesario en la elaboración del personaje, precisamente para hacer posible el contorno dramático de la obra. Este defecto del antagonista constituiría la «falla trágica» que le va enfrentando progresivamente al medio social en que se desenvuelve provocando finalmente su destrucción:

> Su muerte a manos de este destino social, de la malignidad de esta imperfección sigue el plan prescrito de la tragedia.[30]

Efectivamente, el desenlace final de la obra, con la muerte del protagonista, operada por una fuerza ciega que se apodera de sus opositores, así como la situación de soledad inerme y fatal en que se encuentra la víctima, hacen del personaje un héroe trágico. Al mismo tiempo se convierte en símbolo de la razón y libertad reprimidas por el fanatismo religioso y la intolerancia de sus enemigos. La tesis de la novela tiene así su perfecto cumplimiento.

El otro personaje fundamental de la obra es Don Inocencio, el clérigo sexagenario, paradigma de modales eclesiásticos: «De amable trato, fino, comedido», «santo varón piadoso, de intachables costumbres clericales y de no común saber», «gran repartidor de consejos». El novelista pone en pie una sicología perfectamente verosímil, sólida y coherente, a la que trata con una ironía que a veces raya en el sarcasmo. A lo largo de las obras de Galdós aparecen clérigos ejemplares; éste no lo es y engrosa esa larga lista de clérigos que, como Romero, Polo, Rubín, Pintado, Mancebo, etc., constituyen la triste imagen de unos seres mezquinos, carentes de ideales, que explotan la buena fe de las gentes para sus propios intereses, vacíos de

---

30 S. Gilman: «Las referencias clásicas de Doña Perfecta: tema y estructura de la novela». *N. R. F. H.*, 1949, III, p. 358.

sensibilidad moral e incluso de auténtica creencia religiosa. En efecto, el penitenciario aparece como un hombre hipócrita y astuto, adulador y mortificante del prójimo a base de elogios desmesurados (pp. 48, 54). Va persiguiendo tenaz y subrepticiamente a Pepe Rey, situándolo al borde del fracaso (p. 89), haciendo que éste se manifieste como irreligioso sin serlo, porque esto le enfrenta a su propia tía y deshace la posibilidad del matrimonio con su hija. Don Inocencio tiene una seguridad petulante para hablar de todo, vanidoso y falsamente humilde a la vez, se erige en juez de todos los comportamientos (pp. 54-55). Anclado en su fideísmo irracionalista ve en la ciencia y en el progreso peligros insondables para la fe y las buenas costumbres (pp. 86, 253). Políticamente está a favor de las partidas y no tiene inconveniente en inducir a sus fieles a la rebelión contra el gobierno liberal, pero cuidando cautelosamente no comprometer «su fama» (pp. 218-19).

Galdós deja constancia de los intereses ocultos que mueven al penitenciario a descalificar religiosamente a Pepe Rey: eliminar al más serio rival de su sobrino Jacinto, que aspira también a casarse con la hija de Doña Perfecta.

Hay una faceta del personaje con la que Galdós es implacable: Don Inocencio, el director espiritual de Doña Perfecta, es el responsable último de la deformación moral y religiosa de la protagonista. En el capítulo XXI se nos dice que la ausencia de bondad, la dureza, el engreimiento despótico y la autoconciencia repelente de perfección y de «costumbres intachables» de la protagonista, era el resultado de «la exaltación religiosa» y del «comercio excesivo con personas y cosas devotas». Don Inocencio, representante de la Iglesia, es el artífice de esa contextura ético-religiosa, cuyos rasgos más salientes son: la intolerancia, el fanatismo y la voluntad de poder. Galdós, apurando el símbolo, hace a Don Inocencio-Iglesia responsable, en buena medida, de la mala educación de Doña Perfecta-España, integrista para la creación de una convivencia social civilizada. El integrismo religioso atiza con su intolerancia ese clima de discordia civil latente en el contexto histórico al que se refiere la novela.

Digamos, finalmente, que, al diseñar este personaje, Galdós no cultiva una veta anticlerical. Ocurriría esto si en sus obras no apareciesen más que ejemplares corrompidos del mundo clerical. No es así.

Basta recordar al P. Gamborena, Nazarín, o Don Rafael de *Mariucha,* para darnos cuenta de que el novelista siente un respeto sincero por aquellos eclesiásticos que viven su fe con autenticidad evangélica.

El resto de los personajes de la obra quedan ya en segundo plano. Rosarito, que en la versión teatral es el centro del drama (al convertirse el problema amoroso en núcleo generador del conflicto, desplazando así el papel absorbente que la tesis tiene en la novela), está aquí condenada a un papel secundario, como un objeto, propiedad de Doña Perfecta, que decide sobre su conveniente ubicación. Para Montesinos, es la imagen de una «juventud sometida, coartada» en un tipo de sociedad donde «las verdaderas víctimas son las mujeres, a las que su pasividad condena a una espera desesperante, tal vez inútil, tal vez terrible. Así Rosarito, así Gloria».[31] Rosarito, junto con Pepe Rey y Jacinto, son los representantes de la nueva generación. Mientras los dos primeros se revelan contra los esquemas sociales impuestos, dando primacía al amor sobre los prejuicios heredados, Jacinto encarna la figura del joven asimilado por la vieja generación que asume y continúa los esquemas recibidos de la tradición en la que se siente «integrado».

3. LA TESIS RELIGIOSA

En la novela aparecen dos maneras contrapuestas de concebir la religión: una tradicionalista, representada por las actitudes dogmáticas y el ritualismo de Don Inocencio y Doña Perfecta; otra más intimista, más libre y personal, encarnada en Pepe Rey.

Las características de la religiosidad tradicionalista tal como nos la describe Galdós a través de los comportamientos de la protagonista y el penitenciario son las siguientes:

—La fe es una herencia preciosa, patrimonio de los humildes, que ha de ser (a juicio de Don Inocencio) conservada y preservada de las acechanzas de la ciencia:

---

31 J. F. Montesinos: *Galdós,* I, Madrid, Castalia, 1972, p. 187.

> Con la ciencia destruyese lo maravilloso en las artes, así como la fe en el alma (p. 55).
>
> Lo que digo, es que estos pobres y menguados habitantes de Orbajosa son piadosos y buenos cristianos, si bien ninguno de ellos sabe filosofía alemana (p. 84).

—La religiosidad fundada en esta creencia es esencialmente ritual y practicista, tal como se deduce del comportamiento de la protagonista, de la que nos dice Galdós que pasaba una buena parte de su jornada en la Iglesia «según su costumbre» (p. 177).

—Esta religiosidad provoca en los creyentes una actitud defensiva frente a los posibles peligros exteriores:

> En la sociedad de Doña Perfecta (dice Pepe Rey en carta a su padre) es cosa corriente que la tropa y yo formamos una coalición diabólica y antirreligiosa para quitarle a Orbajosa sus tesoros, su fe.[32]

Esta postura defensiva se advierte igualmente en su preocupación por evitar cualquier enfrentamiento con la ciencia (p. 55).

Junto a esta nota de inseguridad inconsciente en las propias creencias, conecta lógicamente otra característica de esa religiosidad y es la de ser intolerante, inquisidora y agresiva. Este es el juicio de Pepe Rey cuando dice de la gente que piensa como su tía, que están dispuestos, en su fanatismo religioso, a «degollar a todo el mundo que no piensa como ellos».[33] Don Inocencio es el prototipo de esa religiosidad inquisidora, dispuesto siempre a descubrir rasgos heréticos en las afirmaciones de Pepe Rey. Doña Perfecta, que ha recogido fielmente las enseñanzas de su director espiritual, le pide a éste que saque a su sobrino «del infierno de sus falsas doctrinas».[34]

—Unido a este carácter agresivo, la religiosidad de Doña Perfecta tiene un marcado tono de cruzada político-religiosa. Al enfrentarse a su sobrino y a los enviados del gobierno, envuelve en un juicio religioso justificante su tajante oposición: «es cuestión de moros y

---

32 *Op. cit.* 274.
33 *Op. cit.* 275.
34 *Op. cit.* 61.

cristianos», le dice a Remedios. Y, poco después, con resonancias a pasadas intervenciones de ejércitos celestiales:

> Tendremos aquí un batallón de Dios que aniquilará la infernal militancia de Madrid.[35]

Late aquí una promiscuidad religioso-política que ha sido frecuente en la historia del país. Queda clara esta promiscuidad en las motivaciones religiosas de la oposición a la política del gobierno liberal por parte de Doña Perfecta y de Don Inocencio que apoyan clandestinamente «las partidas».

—Esta interdependencia de política y religión en la mente de los creyentes se ve acompañada de una dependencia de los fieles respecto a la institución eclesiástica en áreas aún más profundas de la personalidad. A lo largo de toda la obra se respira una atmósfera de intromisión del clero en la vida privada de los fieles:

> Yo, como director espiritual, debí tomar cartas en el asunto y las tomé.[36]

Estas palabras de Don Inocencio (en la tempestuosa conversación mantenida con María Remedios) revelan la injusta interferencia del penitenciario en un asunto tan delicado como es el de las relaciones amorosas entre Pepe Rey y la hija de Doña Perfecta. Si a esto añadimos que las razones de dicha intromisión no eran precisamente de orden moral, sino de estrictos intereses socio-económicos de la familia del clérigo, comprenderemos las graves consecuencias que pueden seguirse de esta interferencia clesiástica en la vida privada y ciudadana del momento reflejado en la novela. Una frase de Pepe Rey resume perfectamente las características de esta situación:

> Es una singularidad que encuentro en este país —dijo Pepe Rey, pálido de ira—. Por lo visto, aquí el Obispo gobierna las casas ajenas.[37]

---

35 *Op. cit.* 241.

36 *Op. cit.* 255. J. Casalduero dice a este respecto: «Orbajosa es una pequeña ciudad levítica, sobre la que cae, densa y opresora, la sombra de la catedral». *Vida y obra de Galdós,* Madrid, Gredos, 1970, p. 54.

37 Galdós: *Op. cit.* 139.

Pepe Rey representa, en contraposición, un tipo de religiosidad humanista y liberal, que parte de una manifiesta afirmación de fe en Dios (puesta en duda ante la opinión pública por las insidiosas insinuaciones de un pueblo ignorante y de un astuto penitenciario).

Galdós pone de relieve el fuerte sentimiento religioso de Pepe Rey, y el hecho de que esta religiosidad es reconocida por las personas de corazón limpio, como Rosarito:

> Tú no puedes ser ateo. Dentro de mí tengo yo vivo y fuerte el sentimiento de tu religiosidad, como el de la mía propia.[38]

Pepe Rey pone de manifiesto la falta de profundidad en la fe de las gentes de Orbajosa y aun la ausencia de una verdadera religiosidad. En la carta que le escribe a su padre lo afirma categóricamente al acusarles de:

> defender una fe que nadie ha atacado y que ellos no tienen tampoco.[39]

Para él una fe que no va acompañada de un comportamiento moral coherente, no es auténtica fe. De ahí que en su conversación con Rosarito en la capilla adelante esta idea acusadora:

> Si existen ateos, que lo dudo, son los calumniadores, los intrigantes, de que está infectado el mundo.[40]

Precisamente por esto, por la tremenda farsa que supone la personalidad religiosa de Don Inocencio, con su falsa humildad, su intriga permanente, su actitud dañina y su pueril vanidad, reacciona contra él, no ocultando su «sentimiento de hostilidad hacia el astuto canónigo».[41]

La religiosidad de Pepe Rey es de corte krausista en lo que tiene de crítica al ritualismo, al desmedido culto a las imágenes:

---

38 *Op. cit.* 157.
39 *Op. cit.* 275.
40 *Op. cit.* 157.
41 *Op. cit.* 86.

> En los altares se acumulan imágenes del más deplorable gusto artístico —dice al dar sus impresiones después de su visita a la catedral— y la multitud de coronas y ramos... forman un aspecto de quincallería que ofende el sentimiento religioso... fomentan la superstición, enfrían el entusiasmo.[42]

Y más adelante añade:

> El culto debe recobrar la sencillez augusta de los antiguos tiempos (p. 88).

Rey representa un tipo de religiosidad interior, de convicciones profundas, animadas de una consecuencia ética. Esto lo tenemos perfectamente reflejado en la carta escrita a su padre en un momento de tensión interna, al percibir la lucha que ha surgido en su interior, entre sus exigencias ético-religiosas y ciertos movimientos incontrolados de agresividad:

> Tal como hoy me hallo, estoy dispuesto al mal y al bien. Dios tenga piedad de mí. Ya sé lo que es oración: una súplica grave y reflexiva tan personal, que no se aviene con fórmulas aprendidas de memoria.[43]

Finalmente, debemos advertir que la personalidad de Pepe Rey cumple con su cometido —en este problema religioso debatido en la novela de Galdós— no tanto como expresión concreta de una religiosidad, sino sobre todo, como elemento purificador, como detonador que pone al desnudo la falacia y los graves defectos de la religiosidad tradicional simbolizada en Don Inocencio y Doña Perfecta.

4. LAS ACTITUDES MORALES

El análisis de la dimensión moral es básico para una recta comprensión de la novela. Personajes como Pepe Rey, Don Inocencio y sobre todo Doña Perfecta, obtienen su consistencia en esa misma apoyatura moral.[44] Por otra parte ya hemos advertido, al hablar de

---

42 *Op. cit.* 87.

43 *Op. cit.* 273.

44 R. Gullón dice sobre Doña Perfecta: «La moral del personaje es decisiva para la comprensión de los acontecimientos y cuenta como elemento clave de la relación estructural». *Op. cit.* pp. 25-26.

la religiosidad de Pepe Rey, que la ética aparece en él muy unida a la creencia, y que la principal acusación que éste lanza a la fe tradicional es la incoherencia vital de los creyentes conservadores, respecto de las exigencias morales de la religión que profesan.

La novela realiza una crítica constante al tipo de moralidad tradicional representado por aquellos que parecían «perfectos» y demostraron no serlo. Al final de la obra quedará patente la inconsistencia moral de quienes pasaban por irreprochables y han sido capaces hasta de cometer un asesinato.

Galdós realiza un análisis de las motivaciones profundas de la protagonista y de su director espiritual. Intentemos sistematizar los puntos fundamentales de esta crítica:

—El novelista constata la existencia de unas fuerzas inhibidoras que están presionando en la sociedad teocrática y puritana de Orbajosa, sobre el comportamiento de sus habitantes. Es una especie de super-ego colectivo:

> Reparemos en todo lo que hacen los vecinos —nos dirá Don Inocencio— y con tal sistema de vigilancia la moral pública se sostiene a conveniente altura.[45]

Anteriormente Doña Perfecta había hecho caer en la cuenta a su sobrino del escándalo que había producido en la catedral (escándalo que molestó a «Su Ilustrísima» que no le mandó «plantar en la calle porque le dijeron que era su sobrino»), al pararse a contemplar unos cuadros, mientras los fieles oían misa. Doña Perfecta apunta un detalle significativo de ese ambiente puritano:

> Todas las muchachas te miraban, y tú parecías satisfecho de perturbar tan lindamente la devoción...[46]

—Estas fuerzas inhibidoras provocan la necesidad de aceptar unas convenciones externas que han de observarse con rigor si se desea mantener la fama y la aceptación por parte de los componentes de esa sociedad. En la descripción de la vida ciudadana, del casino,

---

45 *Op. cit.* 138.
46 *Op. cit.* 83.

de las tertulias en la casa de Doña Perfecta, advertiremos la pervivencia del concepto de «honra». Vemos con qué cuidado preserva Doña Perfecta su papel de mujer intachable («es un ángel», dirá Licurgo a Pepe Rey durante el viaje al pueblo). A lo largo de la novela, es constante el esfuerzo de la protagonista por no ser descubierta en sus verdaderas intenciones. Cuando Pepe Rey apunta la sospecha de que, desde Orbajosa le están minando su trabajo profesional ante Madrid, Doña Perfecta, que está implicada en ello, subraya ladinamente el espíritu de lealtad y buena fe de los orbajosenses:

> Convéncete de que tu enemigo, si existe, está en Madrid, en aquel centro de corrupción, de envidia y de rivalidades, no en este pacífico y sosegado rincón donde todo es buena voluntad y concordia.[47]

Y cuando son descubiertos por Pepe Rey los turbios manejos de Doña Perfecta, en virtud de los cuales perdió su cargo oficial en Orbajosa, al comunicárselo a ésta, vemos que la protagonista emplea todos los recursos posibles para seguir manteniendo su careta de integridad moral. Primero lo hará con lágrimas y exclamaciones vehementes, intentando provocar la compasión de Pepe:

> ¿Es posible que yo merezca tan atroces insultos? [48]

A continuación, aceptando los motivos de iracundia de Pepe Rey en un condicional estratégico («si he hecho lo que tú dices, en verdad que soy muy pecadora»), y una vez desarmado mediante una argucia dialéctica («yo quiero desagraviarte»), con la que Pepe Rey queda perplejo, advertimos con sorpresa cómo Doña Perfecta se lanza sobre su sobrino en una serie de ataques sucesivos hasta que logra al fin ver repuesta su fama y personalidad moral.

—Al llegar aquí descubrimos otra característica de esta conciencia moral: la falsedad, la hipocresía, puesta al servicio de una implacable voluntad de poder. De ello es modelo Don Inocencio, con su falsa humildad, con su actitud aduladora, con su doblez (...«al señor Don José le ruego que me perdone. Aquí todos somos amigos»)

---

47 *Op. cit.* 112.
48 *Op. cit.* 180.

(p. 95), dispuesto siempre a provocar astutamente a su enemigo hasta llevarlo al fracaso. Cuando estas formas caen y se desploma la careta, aparece el verdadero contenido ético, las íntimas motivaciones del comportamiento. Entonces, la respetuosa, serena, ejemplar Doña Perfecta deja paso a la mujer soberbia y autoritaria que hay en ella:

> Doña Perfecta se levantó indignada, majestuosa, terrible. Su actitud era de anatema hecho mujer.[49]

Para seguir manteniendo las riendas del poder, de la fama, Doña Perfecta no tiene inconveniente en acudir a «todas las artes de la astucia»: aburrir, desesperar, provocar pleitos contra Pepe Rey, alejarle de su hija y encerrar a ésta.

Pues bien, cuando se le echa en cara todo este comportamiento oscuro, lanza un interrogante que es el mismo que ha inquietado tantas veces a los educadores de la conciencia moral:

> ¿No es lícito emplear alguna vez en la vida medios indirectos como el crimen, la guerra..., para conseguir un fin bueno y honrado? [50]

Claro que de esta forma se evidencia un pragmatismo moral que nada tiene que ver con la ética cristiana que era lógico esperar de una mujer educada en un ambiente eclesiástico. Es precisamente este pragmatismo moral lo que explica el enorme fallo de la conciencia ética de Doña Perfecta: la falta de respeto a la persona, que late en su comportamiento. Si en la moral cristiana la persona no es algo sagrado con quien no se puede jugar, a quien no se puede mediatizar, en la conciencia de la protagonista cabe entonces:

—utilizar a los rústicos campesinos del pueblo, provocando sus pasiones hacia una lucha política de cuyo entramado son en buena medida inconscientes:

> Pues bien sabe la señora —concluirá el matón del pueblo, azuzado por ella a enfrentarse a la autoridad de Madrid— que si ella me dice: Caballuco, rómpete la cabeza, voy a aquel rincón, y contra la pared me la rompo.[51]

---

49 *Op. cit.* 185.
50 *Op. cit.* 182.
51 *Op .cit.* 212.

—entorpecer el sentimiento amoroso legítimo de su sobrino y Rosarito, recluyendo a su propia hija con un autoritarismo represivo.

—provocar astutamente el fracaso profesional de su sobrino, difamarle, colmarle de insultos: «miserable», «orgulloso», «monstruo», «bandido», etc.

—y por último, ordenar la muerte de Pepe Rey.

La conciencia moral de Doña Perfecta está erradicada de su yo, carece de autonomía en sentido kantiano, es una conciencia alienada en un «super-yo» represivo y autoritario, simbolizado en su director espiritual y fundamentado en la ley exterior de las costumbres, la tradición y las instancias sociales inhibidoras. Es claro que Doña Perfecta estaba condicionada y dirigida por Don Inocencio.

En el capítulo XXXI, Galdós hace un retrato de Doña Perfecta. Su físico y su psiquismo, reflejan los rasgos de dureza y soberbia peculiares de su carácter moral. En la configuración de su personalidad cree el novelista que ha influido demasiado un cierto ascetismo eclesiástico, lejano de la sencillez moral evangélica:

> Tal es el resultado producido en un carácter duro y sin bondad nativa por la exaltación religiosa, cuando ésta, en vez de nutrirse de la conciencia y de la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su savia en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos.[52]

Al final de este capítulo, los rasgos de dureza y autoritarismo se manifiestan en un estado neurótico cuando advertimos la reacción de la protagonista ante la situación de congoja en que se encuentra su hija, al pedirle que la libere del peso y de la preocupación que la oprime (enamorada de Pepe Rey contra la voluntad de su madre):

> Al peso de un pecado, añádele encima la maldición de Dios, y prueba a andar con ese fardo... desgraciada. Sólo yo puedo quitártelo.[53]

---

52 *Op. cit.* 285.
53 *Op. cit.* 288.

En resumen, la moral tradicionalista, simbolizada en Doña Perfecta y el penitenciario, nos recuerda los caracteres esenciales de la moral farisaica criticada en el evangelio: una moral exterior, legalista, autoritaria, hipócrita, que antepone el sábado al hombre, que empobrece a los hombres en lo más profundo de su personalidad. La ausencia del amor y de la exigencia de verdad, como imperativos del deber moral y de la convivencia, hacen de este tipo de ética una ideología contraproducente en el progreso moral de la humanidad. Y es, al mismo tiempo, radicalmente contraria al mensaje inicial del cristianismo. Esta es la gran tesis de Galdós.

Frente a esta moral hipócrita y puritana, Galdós presenta un tipo de moral humanista basada en un esquema de valores éticos de raigambre liberal y krausista, tal como indicábamos al analizar la personalidad de Pepe Rey. Una moral basada en el respeto a la persona, en el sentido de justicia y rectitud, en la búsqueda honesta de la verdad (p. 34), en la sencillez («ni era pedante, ni alardeaba de erudito», p. 52), en el espíritu de armonía, en el amor a la ciencia y al trabajo, en el rechazo sistemático de la violencia («manso, recto, honrado y enemigo de la violencia», p. 188).

En el capítulo XIX, Pepe Rey, en un autoanálisis sobre sus reacciones tras el tenso enfrentamiento con su tía, se lamenta de haber sido infiel a sus propias convicciones, al haberse dejado absorber por los modos irracionales y violentos del ambiente que él siempre había rechazado. En esta confesión vemos confirmado el esquema de valores que le había guiado siempre como norma de conducta:

> Yo mismo no me reconozco. Era razonable y soy un bruto, era respetuoso y soy insolente; era culto y me encuentro salvaje. Usted me ha traído a este horrible extremo, irritándome y apartándome del camino del bien por donde tranquilamente iba.[54]

Fácilmente se echa de menos un valor fundamental en este esquema axiológico para poder presentarle como modelo de una verdadera moral humanista: el de la solidaridad. Es a partir de *La desheredada* y, sobre todo, en las novelas y el teatro de la última época, cuando este valor pasa a ocupar un lugar preminente en la ética de Galdós,

---

54 *Op. cit.* 189.

ética que se acerca a una especie de moral socialista de neta inspiración cristiana. En *Doña Perfecta,* el ideal moral de Galdós se encuentra, como decíamos anteriormente, más próximo al pensamiento ético liberal y krausista.

5. OPINIONES POLITICAS

En realidad, la novela de Galdós no toca directamente este problema. Sin embargo, dadas las características especiales de la religiosidad española, tal como hemos apuntado anteriormente y su proclividad a unir religión y política (como ocurre en toda sociedad con perfiles teocráticos) es indudable que ese tipo de creencias dominantes en la protagonista de la obra, lleva consigo unas definidas opciones políticas.

Efectivamente, ya hemos señalado el carácter agresivo, intolerante y de cruzada de la religiosidad de Doña Perfecta. Ya hemos advertido, al hablar del personaje central, su oposición —por motivos religiosos— a su sobrino, y en él a todo lo que representaba su misma ideología, tanto religiosa como política, en concreto al gobierno y al ejército, en quien se apoyaba:

> Mi sobrino es el Gobierno... es la nación oficial... hay que defenderse de todos ellos... hay que atacarles en conjunto... como atacaban nuestros abuelos a los moros.[55]

Esta oposición no es sólo espiritual, toma medidas concretas y trata de organizarse con medios eficaces. Doña Perfecta y Don Inocencio apoyan un movimiento de resistencia que tiene su expresión en las «partidas». El novelista subraya que esto no es un hecho nuevo en la historia del país, y que la región de Orbajosa ofrecía unas condiciones propicias para este tipo de movimientos. Parece que los habitantes de esta pequeña ciudad alardeaban de su historia levantista y de oposición al poder central. Galdós no deja de apuntar las condiciones socio-históricas de este talante de los orbajosenses: para

---

55 *Op. cit.* 240.

él se trata de «deplorables resabios de behetría»,[56] mientras que para el ideólogo tradicionalista del pueblo, Don Cayetano, respondía a una fibra enérgica latente en el espíritu de sus conciudadanos que en tiempos «les impulsaron a acciones épicas».[57]

El novelista vuelve a comparar más tarde a Caballuco con los héroes caballerescos, en tono naturalmente burlesco. Don Cayetano, sin embargo, espera que Caballuco y otros partidarios como él renueven las «gestas gloriosas de antaño».[58] El mismo Don Inocencio, conocedor de la psicología de sus fieles, alentará más tarde a la rebelión a Caballuco con estos épicos augurios:

> Querido Ramos, envidiable posición es la de usted... Destacarse, elevarse sobre la vil muchedumbre, ponerse al igual de los mayores héroes del mundo... Hombres de tal temple no pueden morir. El Señor va con ellos.[59]

Con esta predisposición psicológica de abolengo, la ciudad de Orbajosa había obsequiado al país con el levantamiento de partidas, como cuenta el mismo narrador «en tiempo de los Apostólicos» (1827) y «durante la guerra de los siete años» (1848).[60] Alertado el gobierno de la situación propicia al levantamiento en la región de Orbajosa, envía un cuerpo del ejército a esta ciudad. Las partidas se organizan en la clandestinidad. Es ahora cuando notamos una característica peculiar de este movimiento político, tal como indicábamos al principio de este apartado: su relación con lo religioso. No vamos a referirnos ya al contenido ideológico de religiosidad defensiva del que ya hemos hablado en su lugar, sino a la dependencia del hecho de las partidas con la institución eclesiástica.

En la novela es evidente la participación de Don Inocencio en la preparación del movimiento de oposición al gobierno. La conversación con Caballuco y los demás campesinos que se enrolarán en la partida, es un ejemplo de habilidad y provocación, al tiempo que

---

56 *Op. cit.* 168.
57 *Op. cit.* 168.
58 *Op. cit.* 168.
59 *Op. cit.* 220.
60 *Op. cit.* 169.

evita cautelosamente el quedar claramente complicado en la realización práctica de la campaña, porque tal cosa le parece «impropio» de su condición.[61] El penitenciario excita la rebeldía contra el gobierno de Madrid, precisamente a partir de las creencias religiosas que se ven en peligro por su culpa:

> La fe peligra ahora más que antes... Pues ¿qué representan estos ejércitos que ocupan la ciudad?... Nos dejan a nosotros decir misa y a ustedes oírla por un resto de consideración, por vergüenza... pero el mejor día... Sé que nos aguardan días terribles. Que cuantos vestimos el hábito sacerdotal, tenemos la vida pendiente de un cabello... Pero yo sostengo que la impiedad no triunfará... todavía hay gente valerosa, todavía hay gente de aquella de antaño, ¿no es verdad, señor Ramos?[62]

Una vez realizada su arenga adaptada a la psicología de sus «fieles», Don Inocencio reitera, con astucia, su posición «independiente» que es una nueva forma de provocación:

> Pero a pesar de todo, hijos míos, mi labio no os incitará a la pelea... Me resigno a ser mártir y a inclinar mi cuello ante el verdugo, si esa miserable tropa continúa aquí.[63]

A partir de entonces la preparación del movimiento es un hecho. El jefe de las partidas, Caballuco, huye del pueblo para reclutar gente entre los campesinos, que se han de unir a la guerrilla. De cuando en cuando vuelve a la ciudad y se queda en un lugar seguro «prefiriendo siempre la respetada vivienda de algún sacerdote y principalmente la de Don Inocencio».[64] Hay un momento en la novela, especialmente preparado por Galdós en que la unión partidas-clero queda enmarcada en una especie de cuadro simbólico. En unas de estas llegadas clandestinas de Caballuco a casa de Don Inocencio se nos dice con relieve:

> Y poco después el Centauro se arrellenaba en la butaca donde el señor Don Inocencio solía sentarse a escribir sus sermones.[65]

---

61 *Op. cit.* 215.
62 *Op. cit.* 117-18.
63 *Op. cit.* 218.
64 *Op. cit.* 245.
65 *Op. cit.* 244.

Entre las motivaciones del surgimiento de las partidas, hemos anotado la del carácter religioso, y una cierta predisposición histórica de tipo heroico, consistente en el «violento afán de hacer grandes cosas, aunque fueran barbaridades y desatinos».[66] Sin embargo, por debajo de esta motivación justificante, de carácter psicológico e ideológico, Galdós señala, de pasada, algo sobre lo que debemos llamar la atención.

Parece que esta rebeldía frente al gobierno no era precisamente desinteresada y espiritual, sino que comportaba ciertos privilegios que hacían más apetecible la participación en semejante empresa:

> No ves que los partidarios son la gente animada y mimada en este país. A todos los que asolaron la comarca en mil ochocientos cuarenta y ocho, y en otras épocas o a falta de ellos sus hijos, les encuentras colocados en los fielatos, en puertas, en el ayuntamiento, en la conducción del correo. Los hay que son alguaciles, sacristanes, comisionados de premios. Algunos se han hecho temibles caciques y son los que amasan las elecciones y tienen influjo en Madrid, reparten destinos...[67]

Desde el comienzo de la novela vemos aparecer al cartero, Caballuco, del que se dice que es el cacique del contorno. El y sus correligionarios están estrictamente vinculados a Doña Perfecta (terrateniente) y a Don Inocencio. Al final de la novela se entrevé un armisticio entre el gobierno y las guerrillas, y Don Cayetano Polentinos adivina la suerte que va a correr el jefe de los guerrilleros:

> Presumo que Caballuco será general del ejército español, con lo cual uno y otro ganarán mucho.[68]

Poco antes ha hecho de él un juicio elogioso:

> Es el caudillo actual, hombre de grandes condiciones de mando y, además, honrado y sencillo.[69]

Galdós, por su parte, nos ha dejado diseminados a lo largo de su novela algunas opiniones positivas respecto al comportamiento del

---

66 *Op. cit.* 168.
67 *Op. cit.* 173-74.
68 *Op. cit.* 296.
69 *Op. cit.* 295.

ejército en esa etapa,[70] y absolutamente crítica para el movimiento de las partidas:

> Las partidas y los partidarios fueron siempre populares, circunstancia funesta que procedía de la guerra de la Independencia, una de esas cosas buenas que han sido origen de infinitas cosas detestables.[71]

No aparece en la novela una ideología política concreta, aunque es clara su oposición a la tendencia reaccionaria representada por las partidas. Hay una alusión negativa a los que él llama «progresistas rumiantes que estaban perpetuamente masticando un tema sin fin»...[72] y desde luego, no se oculta la simpatía del novelista por el gobierno liberal entonces vigente, aunque tampoco hace él una apología. Hay también alguna que otra insinuación contra la guerra y la violencia, precisamente por las injusticias que comportan dichas situaciones:

> En España y principalmente en tiempo de guerras, que son aquí siempre desmoralizadoras, suelen verse esas condescendencias infames con los grandes (alude a los sobornos de Caballuco para entrar clandestinamente en la ciudad), mientras se persigue sin piedad a los pequeños.[73]

6. EL PROBLEMA SOCIO-ECONOMICO

Al hablar de las deficiencias de la novela, estamos de acuerdo con Montesinos en que los personajes no han sido suficientemente ambientados. Las implicaciones sociales y económicas en que se basa la

---

70 *Op. cit.* 196.

71 *Op. cit.* 169.

72 *Op. cit.* 132. R. Cardona afirma que Galdós evita que sus episodios o novelas se conviertan en «voceros directos de sus ideas políticas». Esto iría en contra del valor y de la «integridad genérica» de la misma novela. Aunque sí podemos vislumbrar sus actitudes de forma indirecta a través de las situaciones dramatizadas en la obra. Lo mejor es verlas desde la perspectiva de sus artículos periodísticos, que es donde aparece la verdadera ideología política del novelista. «Don Benito el Prudente», *Anales Galdosianos,* Anejo (1976), 127-151.

73 *Op. cit.* 245.

ideología religiosa y política apenas están insinuados.[74] Es por esto por lo que en este apartado nos limitamos a apuntar los problemas indicados de pasada por Galdós.

Desde el punto de vista socio-cultural, la mentalidad de las gentes de Orbajosa está caracterizada por una psicología de enconchamiento y repliegue sobre sí misma por una especie de psicología de murallas. Este hecho tiene una serie de consecuencias lógicas, como son:

—Una autovaloración desmedida en el plano moral:

> Pocas localidades conocemos en que crezcan con más lozanía (dirá don Cayetano, con ese tono grandilocuente que le caracteriza) las plantas y arbustos de todas las virtudes, libres de la hierba de los vicios. Aquí todo es paz, mutuo respeto, humildad cristiana.[75]

—En contrapartida descubrimos una actitud de hostilidad y suspicacia frente a todo lo exterior, lo que condiciona y explica el recibimiento receloso que hacen a Pepe Rey tanto entre los amigos de su familia, como en el casino.[76] Igual postura de rechazo advertimos respecto al poder central, al ejército, etc.

—Hemos de señalar la existencia de una oposición campo-ciudad, presente ya en otras épocas de nuestra historia, haciendo de las ciudades el antro «donde reina ¡ay!, la falsedad y el vicio».[77]

—Esta supervaloración a la que antes aludíamos llega al extremo de vanagloriarse de la pujante situación económica («los ajos de Orbajosa»), lo cual nos hace extender a este terreno el juicio que al novelista le merecía la pintoresca onomástica de la tierra del lugar: «Este país vive con la imaginación...»

---

74 J. F. Montesinos: *op. cit.* 184.

75 Galdós: *op. cit.* 150.

76 *Op. cit.* 104. Como ha señalado B. Varela Jácome, la vida social de Orbajosa «se ajusta a un sistema de cultura cerrada, según la teorización de Ruth Benedict; por el contrario, Madrid sería un sistema de cultura abierta», desde la perspectiva de Pepe Rey. «Bipolarizaciones ideológicas en Doña Perfecta», en *Estructuras novelísticas del siglo XIX,* Barcelona, col. Aubí, 1974, p. 125.

77 Galdós: *op. cit.* 150. Es una referencia al tema clásico del «Beatus ille» ya analizado por G. Correa: *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós,* Madrid, Gredos, 1962, pp. 38-40.

—Este vivir encerrado en un ambiente tan reducido crea una atmósfera de excesiva interdependencia con mengua del respeto de la vida privada de las personas, y una presión de la opinión pública sobre la misma. El concepto de la fama es algo sagrado en esta sociedad y los conceptos y juicios públicos sobre las personas adquieren un valor inapelable. Hablando de las Troyas, Galdós dice:

> Estaban hasta cierto punto proscritas, degradadas, acordonadas... tenían sobre sí un estigma de esos que, una vez puesto por el susceptible vecindario, acompañan implacablemente hasta más allá de la tumba.[78]

—Símbolo de la ciudad misma, es Doña Perfecta, dura y ascética, de quien dice el novelista que «se había labrado una corteza, un forro pétreo insensible, encerrándose dentro como el caracol en su concha portátil».[79]

A lo largo de la novela surgen incidentalmente algunas referencias a la estructura socio-económica:

—Aparece el hecho de la mendicidad, con el agravante de que este menester se realiza por personas sanas y robustas.

—Se alude a una deficiente tecnificación de la agricultura.

—Nos damos cuenta de que existen dependencias económicas entre Doña Perfecta y ciertos campesinos, como Licurgo, etc. Lo cual explica la mediatización de los mismos en los intereses político-religiosos de la protagonista.

—Se constata el hecho del caciquismo histórico en el campo español, y se revela la circunstancia de que estos caciques están al servicio de los propietarios y del clero.

—Se habla —en el viaje de Pepe Rey a Orbajosa— de cierta ley de «fugas» que practica la guardia civil, pero nada se nos concreta sobre ella.[80]

---

78 *Op. cit.* 122.
79 *Op. cit.* 284.
80 *Op. cit.* 21.

Sobre estas realidades de tipo social y otras que aparecen ocasionalmente a través de la obra, Galdós no formula un juicio crítico determinado. Es más: no ha aprovechado la magnífica ocasión que le brindaba el referente, para poner de manifiesto la interdependencia que existe entre los diferentes planos: económico, social, político y ético-religioso.

7. EL LENGUAJE CONDICIONADO POR LA TESIS

Galdós ha realizado una cuidada selección del significante a lo largo de la novela en función de la perspectiva ideológica asumida desde un principio. Esta incidencia de la tesis sobre el lenguaje se advierte ya en la elección de los nombres de los principales personajes con sus connotaciones irónicas en unos casos, ennoblecedoras en otros. Así, el nombre de Doña Perfecta se adecúa al carácter soberbio y repelente de la protagonista; en el de Don Inocencio choca precisamente el contenido semántico del significante con la personalidad astuta y maniobrera del penitenciario. Esta misma técnica del contraste irónico le ha sugerido el apodo de Licurgo (el sabio y honesto legislador de la severa Esparta), tan opuesto al talante de este campesino marrullero y pleiteante. Parecida manipulación del lenguaje encontramos en otros apelativos como «Caballuco», «Pasolargo» (roedor de las tierras ajenas), «El Filósofo» (llamado así «por su mucha trastienda»), «Numinavito», «Las Troyas», etc., que caracterizan situaciones personales definidas frente a las que toma posición el novelista. En el caso del protagonista, ya apuntamos anteriormente la elección de su apellido que en la primera edición era el de «Novo» con la dimensión genesíaca de hombre nuevo, a la que ya hicimos referencia.

El novelista utiliza una técnica de degradación léxica al describir el marco geográfico donde tiene su aposento la España campesina que en estas primeras novelas representa el núcleo conservador del país. En el segundo capítulo de la obra, a medida que se adentra el protagonista en el paisaje (evocado con caracteres idílicos por su madre en la infancia) sufre una decepción profunda al ver los «desnudos cerros», los «llanos polvorientos y encharcados», las «vetustas

casas de labor», las «norias desvencijadas, cuyos cangilones lagrimean lo bastante como para regar media docena de coles»... El protagonista queda impresionado por la «horrible ironía de los nombres» con que los lugareños conocen los diferentes espacios de su comarca: «Valdeflores», «Valleameno», «Villarica», «Cerrillo de los Lirios», «Los Alamillos de Bustamante», «Las Delicias», «Estancia de los Caballeros» (bandidos). Al ver el contraste tan significativo entre esta nomenclatura poética y la árida y pedregosa realidad («Palabras hermosas, realidad prosaica y miserable»), el protagonista diagnosticará en forma de tesis: «¡La gente de este país vive con la imaginación!»

La palabra se convierte en arma con que se golpea lugares, costumbres, personas y con la que éstas se zahieren entre sí. Al llegar a Orbajosa, la ciudad aparecerá a sus ojos como un «amasijo de paredes deformes, de casuchas de tierra, pardas y polvorosas» donde «chozas humildes alzaban sus miserables frontispicios de adobes semejantes a caras anémicas»... Este escenario físico es humanizado por la transfiguración degradadora del novelista y convertido en símbolo de la vida espiritual de quienes en él viven. Una vida espiritual disecada, anclada en el pasado como una estatua de sal. En este sentido, la urbe es percibida por el narrador como una «momia», encerrada en un «sepulcro» o «sarcófago», donde «no sólo está enterrada, sino también podrida».

Esta degradación lexical de la realidad ciudadana se extiende del espacio físico a las personas que lo habitan. Al entrar en la ciudad se encuentra con el lastimoso espectáculo de «innumerables y repugnantes mendigos que se arrastraban a un lado y otro del camino». Cuando vamos conociendo a los distintos personajes de la novela, advertimos igualmente la presencia de significantes detonadores que proclaman la antipatía que el novelista siente por su mezquindad moral. Jacinto será presentado como el «abogadejo»,[81] el juez nos aparece como un «mozalbete despabilado»,[82] Don Inocencio, Doña Perfecta y M.ª Remedios se ven envueltos en imágenes zoomórficas envilecedoras: loro, culebras, buitre, basilisco, arpía.[83]

---

81 *Op. cit.* 142.
82 *Op. cit.* 98.
83 *Op. cit.* 261.

No sólo el léxico, sino el mismo ritmo y contextura estilística del lenguaje aplicado por Galdós a sus personajes se acomoda perfectamente a los tipos que el novelista ha creado en su imaginación y en los que no disimula sus preferencias o rechazos.

Así el vocabulario culto y el estilo ágil y espontáneo de Pepe Rey —tan cercano al del propio narrador— se diferencia radicalmente del léxico engolado y del estilo prolijo, subrepticio y sapiencial de Don Inocencio.[84] Posiblemente el lenguaje del penitenciario es el mejor logrado de la novela, con su léxico eclesiástico tan peculiar, cargado de citas, con exclamaciones y enfáticas insinuaciones:

> Pero, ¡ay!, le ama como ama el pecador al demonio, está abrasada en criminal fuego; cayó, sobrina mía, cayó en la infernal trampa libidinosa,[85]

dice a María Remedios al constatar el inevitable enamoramiento de Rosarito. Y más adelante:

> Sobrina, cuando han pasado cosas mayores, los caprichillos no se llaman caprichillos, sino de otra manera.[86]

Veamos este otro ejemplo de falsa humildad e hiriente halago que es frecuente en Don Inocencio:

> Yo soy un pobre clérigo, que no sabe más que la ciencia antigua. Reconozco el inmenso valor científico mundano de Don José, y ante tan brillante oráculo callo y me postro.[87]

A la palabra sigue en este caso el gesto que la completa:

> Diciendo esto el canónigo cruzaba las manos sobre el pecho e inclinaba la cabeza.[88]

---

84 M. Montes Huidobro ha hecho un análisis de los tres tipos de lenguaje correspondientes a Pepe Rey (directo, sin recovecos, de una sola dirección), Don Inocencio (prolijidad, doble juego, laberinto verbal) y Doña Perfecta (lenguaje polifacético, destructor del lenguaje, de una sola dirección), en «Superficie y fondo del estilo». *Estudios de Hispanófila,* 17 (1971), pp. 23-35.

85 Galdós: *op. cit.* 253.

86 *Op. cit.* 254.

87 *Op. cit.* 61.

88 *Op. cit.* 61.

De igual manera, Galdós ha logrado crear un lenguaje cortante y directo, apto para el personaje de María Remedios, la madre ávida de un mejor porvenir para su hijo. Veámosla en conversación impulsiva con el «pobre» Don Inocencio que ahora ha caído en sus garras:

> Usted, ¿cómo lo ha de comprender? No; una cosa es tener hijos y pasar amarguras con ellos, y otra cosa es cantar el gori-gori en la catedral...

Y más adelante en actitud provocadora:

> Por más que echemos humos, siempre será usted el hijo del tío Tinieblas... nunca saldremos de la oscuridad, ni poseeremos un pedazo de terruño... ni trasquilaremos una oveja propia... todo esto a causa de su poco ánimo de usted, de su bobería y corazón amerengado...[89]

Ante la atolondrada pasividad del tío, María Remedios se enfurece y grita al penitenciario:

> Yo me voy de aquí, yo me voy con mi hijo. Nos iremos a Madrid; no quiero que mi hijo se pudra en este poblachón... Usted no sirve para nada, usted es un mandria.[90]

Poco antes, Galdós ha hecho una descripción antológica del desencadenamiento de un estado de iracundia en el ánimo de María Remedios:

> Pero de repente transformóse el rostro de aquella mujer; mudáronse los plañideros sollozos en una voz bronca y dura; palideció su rostro; temblaron sus labios, cerráronse sus puños; cayéronse sobre la frente algunas guedejas del desordenado cabello; secáronse por completo sus ojos al calor de la ira que bramaba de su pecho; levantóse del asiento, y no como mujer, sino como arpía, gritó...[91]

La capacidad de adaptación del lenguaje al momento psicológico de los personajes es admirable. El ritmo de la novela podría seguirse perfectamente, con sólo atender a la evolución que sufre el lenguaje de la protagonista, a su cambio progresivo de tono. Lo mismo podríamos decir de la titulación de los capítulos de la novela, con los que

---

89 *Op. cit.* 260.
90 *Op. cit.* 261.
91 *Op. cit.* 260.

va creando «in crescendo» una intensidad de acción que culmina en el clímax final.

Uno de los momentos más importantes de la obra, el diálogo entre Pepe Rey y Doña Perfecta mantenido en el capítulo XIX, es ejemplar en este sentido. Adviértase la intensidad dramática lograda en la intervención de Pepe Rey,[92] cuando le descubre a su tía toda la doblez, astucia y vileza con que le ha tratado. Las frases son breves, secas, rápidas. Son disparos certeros. No en vano habla Galdós de «artillería despiadada».[93] La misma técnica de locución incisiva, de golpes intermitentes, emplea Doña Perfecta en su contraataque.[94] Pepe Rey recoge con sentido estratégico el resultado de la batalla:

> Después de ser acuchillado en las tinieblas, ese bofetón a la luz del día me complace mucho.[95]

La misma adjetivación subraya el tono guerrero con que actúa la dama en la lucha:

> Doña Perfecta se levantó indignada, majestuosa, terrible.[96]

En el clímax de la novela, antes de oírse los dos disparos mortales, ya ha habido un preanuncio con la llamada de M.ª Remedios en la noche a la puerta de Doña Perfecta.

> En el mismo instante oyéronse tres golpes, tres estampidos, tres cañonazos.[97]

En este momento culminante, previo al asesinato de Pepe Rey, se acumulan las imágenes zoomórficas: irrumpe en escena M.ª Remedios, «que no era mujer, sino un basilisco envuelto en un mantón».[98] Ella y Doña Perfecta «se deslizaron por la escalera como dos culebras».[99] Ya en la huerta, rastrea Doña Perfecta la presencia de Pepe Rey «con sus ojos llenos de ira. El rencor les daba la singular videncia de la raza felina».[100]

---

92 *Op. cit.* 180.
93 *Op. cit.* 186.
94 *Op. cit.* 183.
95 *Op. cit.* 184.
96 *Op. cit.* 185.
97 *Op. cit.* 289.
98 *Op. cit.* 290.
99 *Op. cit.* 290.
100 *Op. cit.* 290.

Esta degradación final de los personajes a través de las imágenes que acabamos de citar, culmina con la desmitificación del mundo de valores en los que han apoyado su propia existencia. Galdós sugiere que esta sociedad anquilosada de Orbajosa ha dejado que se corrompan, como el agua estancada, los mismos ideales heredados de la tradición. Así, el esquema de valores épicos considerado por Don Cayetano como motivo de orgullo de la ciudad (hidalguía, valor, nobleza, generosidad) ha venido a convertirse en caricatura en personajes como Caballuco, Licurgo, el Filósofo, etc., cuya misma onomástica constituye de por sí casi un sarcasmo. Caballuco, el cacique asesino, sería el último eslabón de la cadena de los gloriosos héroes de Orbajosa.[101] Lo mismo podemos decir de la degradación de los valores morales y religiosos que han llegado a ser en Doña Perfecta y en Don Inocencio signo de inautenticidad y de pura máscara.

El lenguaje deviene, de esta forma, un componente esencial de la tesis de la novela, investido como está de marcadas connotaciones simbólicas. De entre todos los símbolos personales que aparecen a lo largo de la obra, ninguno, sin embargo, como la propia Doña Perfecta llega a convertirse en prototipo de valor universal. De acuerdo con Casalduero,

> Galdós... hizo de ella una figura clásica, un tipo, representación de la intransigencia y el fanatismo; de aquí su universalidad. Como el Hipócrita o el Avaro, Doña Perfecta es de todos los países y de todas las épocas.[102]

No es extraño, por eso, que la obra siga gozando en nuestros días no sólo de la atención de los investigadores, sino también del interés prolongado de estudiantes y lectores que siguen viendo en la novela, a pesar de la distancia, sobrados motivos de valor y de inquietante actualidad.

DEMETRIO ESTÉBANEZ CALDERÓN
Instituto «Ramiro de Maeztu» - Madrid

---

101 R. Cardona sugiere esta idea de la corrupción de los valores a propósito de Caballuco: «It ist interesting to note that Galdos presents Caballuco as the epic hero who has degenerated —again the idea of «corruption»— into sheer brutality». *Benito Pérez Galdós: Doña Perfecta.* Introduction and notes by R. Cardona. New York, Anaya Las Américas, 1974, p. 43, nota 19.

102 I. Casalduero: *op. cit.* 54.